

CAPITULO III

LA MONARQUÍA

El papel de la reina, como poder imponente, es de una utilidad incalculable. Sin la reina el gobierno actual de Inglaterra se vendría abajo y no podría existir. A menudo, cuando se lee que la reina ha paseado por la pradera de Windsor ó que el príncipe de Gales ha asistido al *derby*, se imagina que eso es dar una atención excesiva y demasiada importancia á minucias. Pero no hay tal, y conviene explicar cómo los actos de una viuda aislada y de un joven desocupado pueden ofrecer tanto interés.

Lo que hace de la monarquía un gobierno fuerte, es que es un gobierno inteligible. La masa de los hombres comprende esta forma de gobierno y casi nadie en el mundo comprende ninguna otra. Se dice comunmente que los hombres se dejan llevar por su imaginación; sería más exacto decir que se les gobierna gracias á lo débil de su imaginación. La naturaleza de una Constitución, la acción de una Asamblea, el juego de los partidos, la formación invisible de una opinión directora, son otros tantos hechos cuya complejidad presenta al espíritu dificultades y se presta al error. En cambio, la unidad de acción, la unidad de resolución, son ideas fáciles de coger, todas se dan

pronto cuenta de ellas y jamás se las olvida. Preguntar á la masa de los hombres si quieren ser gobernados por un rey ó por una Constitución, es darlos á elegir entre un gobierno que comprenden y otro que no comprenden. La cuestión se ha propuesto después de todo á los franceses; se les ha preguntado: ¿Queréis ser gobernados por Luis Napoleón ó por una Asamblea? Y el pueblo francés ha respondido: Para goberarnos queremos un hombre de quien nuestro espíritu tenga una imagen precisa, y no una muchedumbre de gentes sin poder representarnos.

El mejor medio de darse cuenta de la naturaleza de los dos gobiernos, es examinar un país donde los dos se hayan sucedido en un espacio de tiempo relativamente corto.

«La situación política, según M. Grote, tal como se ofrece en la Grecia legendaria á nuestra consideración, difiere de una manera notable, en sus rasgos principales, del estado de cosas universalmente aceptado entre los griegos en la época de la guerra del Peloponeso. La historia nos muestra que la oligarquía y la democracia estaban de acuerdo para admitir un cierto sistema de gobierno, el cual comprendió en principio los tres elementos con sus atribuciones especiales, pues los funcionarios designados por un término dado y dependientes en último término bajo una forma ú otra de una asamblea general de ciudadanos, componían ya sea el Senado y el Cuerpo legislativo, ya los dos juntos. Había, por de contado, numerosas diferencias y muy notables entre esos gobiernos, en el respecto de las cualidades exigidas para ser ciudadano, de las atribuciones y de los poderes conferidos á la Asamblea general, de la admisibilidad en las funciones, etc., y á menudo un individuo tenía ocasión de

criticar la manera cómo se trataban esas cuestiones en su propio país. Pero en el espíritu de todos, una regla ó sistema, algo, en fin, análogo á lo que se llama en los tiempos modernos una Constitución, era de una necesidad indispensable para un gobierno, á fin de que éste fuese mirado como legítimo y capaz de inspirar á los griegos el sentimiento de obligación moral de donde se origine la obediencia.

»Los funcionarios á quienes estaba confiado el ejercicio de la autoridad, podían ser más ó menos competentes y populares, pero la estimación personal que por ella se tenía se perdía ordinariamente en el afecto ó repugnancia que provocaba el conjunto del sistema. Si un hombre enérgico lograba, á fuerza de audacia ó de astucia, derribar la Constitución y establecer de una manera permanente su dominación arbitraria, aunque llegase á gobernar bien, perfectamente, jamás obtuvo del pueblo una sanción moral; su cetro estaba como tocado de ilegitimidad desde el origen; y el mismo asesinato de un amo tal, lejos de estar prohibido por el sentimiento que en cualquier otra circunstancia hacía condenable semejante acto de derramamiento de sangre, se consideraba en ese caso especial como un hecho meritorio; sólo un nombre se encontraba en el idioma—τύραννος—esto es, tirano—para calificar á ese hombre, nombre que servía para señalarle á la vez como un objeto de terror y de odio.

»Si dirigimos nuestra mirada de la Grecia histórica á la Grecia legendaria, ésta nos presenta un espectáculo opuesto. Vemos allí en el gobierno poco ó nada de previo acuerdo ó sistema, y menos aún la idea de una responsabilidad ante los gobernados; en cambio, la obediencia del pueblo toma su origen en los sentimientos personales de respeto que el jefe inspira. Ad-

vertiremos en primer lugar, y por encima de todo, el rey; luego un número limitado de reyes ó jefes subordinados; después la masa de los hombres libres, tanto guerreros como agricultores, artesanos, aventureros, etc., etc., y por último, por debajo de ellos, los jornaleros libres y los esclavos comprados. No hay barrera alguna amplia é infranqueable que separe al rey de los otros jefes, á los cuales el título de *Basilios* se aplica como á él mismo; la supremacía de que goza le viene por herencia de sus antepasados, y la transmite por herencia, de ordinario, á su hijo mayor; es un privilegio concedido á la familia por el favor de *Zeus*. En tiempo de guerra el rey conduce sus guerreros, se señala por sus hazañas y dirige todos los movimientos militares; en tiempo de paz, es el protector supremo de los débiles y de los oprimidos: además ofrece al cielo, en nombre del público, las plegarias y los sacrificios destinados á lograr para el pueblo el favor de los dioses. Un amplio dominio otorgado en goce al soberano, le permite consagrar en parte el producto de sus campos y sus rebaños á una hospitalidad muy grande, aunque muy sencilla. Además, se le hacen muchos regalos, sea para desarmar su enemistad, ya para comprar su favor, ya para paliar las exacciones, y cuando se ha conseguido un botín al enemigo, se empieza por reservar una parte considerable, en la cual se encuentra de ordinario la más hermosa cautiva, y esta parte se deja al rey, fuera de la distribución general.

»Tal es la posición que el rey ocupa en los tiempos legendarios de Grecia: si se exceptúan los heraldos y los sacerdotes, que tienen un rango especial y secundario, sólo el rey se presenta ante los ojos como revestido de una autoridad individual, y todas las fun-

ciones, entonces poco numerosas, cuyo ejercicio es útil á la sociedad, se desempeñan bajo su cuidado y mediante sus órdenes. Su ascendiente personal, que proviene de la protección divina dispensada á su persona ó á su raza, y quizá, además, de que se le cree descendiente de los dioses, es el rasgo que pueda estimarse como principal del cuadro: el pueblo escucha su voz, adopta sus proposiciones, obedece sus órdenes; no sólo no encuentra la menor resistencia, sino que no se le dirige la menor crítica en son de censura; jamás se tropieza con un ejemplo de esto, como no sea aisladamente, ó en algunos príncipes subordinados.»

El rasgo característico de la monarquía inglesa consiste en que conservando siempre el prestigio sobre el cual se apoyaba la autoridad, en los tiempos heroicos, reúne para gobernar la fuerza moral con que las Constituciones han adornado más tarde el poder en Grecia en un tiempo más civilizado. Somos un pueblo más mezclado que el de Atenas, y probablemente que todos los demás pueblos de la Grecia política. Nuestro progreso ha marchado con un paso más desigual que el suyo. Los esclavos, en otros tiempos, formaban una clase separada, con leyes distintas y pensamientos diferentes de los de los hombres libres. No había por qué ocuparse de ellos haciendo una Constitución: no se sentía la necesidad de mejorar su suerte para hacer el gobierno posible. Un legislador griego no tenía por qué abarcar en la economía de sus obras gentes como los jornaleros del condado de Sommerset y espíritus distinguidos á lo M. Grote. No tenía que organizar una sociedad en la cual los elementos pertenecientes á la barbarie primitiva sirvan de base al edificio de la civilización. Para nosotros, el caso cambia mucho. No tenemos esclavos á que es

necesario contener con los terrores de una legislación especial. Pero, en cambio, tenemos clases enteramente incapaces de hacerse á la idea de una Constitución, incapaces de experimentar el menor acatamiento á las leyes abstractas. Muchas personas, sin duda, en estas muchedumbres, saben bien de una manera vaga que hay, además de la reina, otros poderes establecidos, y que hay leyes para dirigirlas en el gobierno. Pero la masa se preocupa más con la reina que con todo el resto, y he ahí lo que da al papel de la reina un valer tan precioso. La república sólo tiene ideas difíciles de coger en su teoría gubernamental: la monarquía constitucional tiene, por el contrario, la ventaja de ofrecer una idea simple, encierra un elemento que puede ser comprendido por la multitud de los cerebros vulgares, aunque sea presentando los problemas complejos de sus leyes y de sus principios á la curiosidad de una minoría.

Una familia sobre el trono tiene también su utilidad, en cuanto sirve para llevar los rayos de la soberanía hasta las profundidades de la vida común. Nada más pueril, en apariencia, que el entusiasmo de los ingleses con el matrimonio del príncipe de Gales. Se dió las propociones de un gran acontecimiento político á un hecho que en sí mismo no tenía sino escasa importancia. Pero ningún sentimiento está más en armonía con la naturaleza humana tal como ella es, y como será siempre probablemente. Las mujeres, que componen en una mitad al menos, la raza humana, se preocupan cien veces más con un matrimonio que con un ministerio. Todas, salvo algunos espíritus enfermos, gustan de contemplar el encanto de una novela bonita, mezclarse en las escenas austeras de la vida seria. Un matrimonio de príncipes es la expresión brillante y lla-

mativa de un hecho usual, y á este título llama la atención general. Se nos ocurrirá sonreír leyendo el *Boletín* de la corte, pero ¡pensemos cuántos serán los que leen ese boletín! Su utilidad previene, no tanto de lo que en él se encuentra, como del público á quien se dirige. Los americanos, se dice, han acogido con más satisfacción la carta de la reina á Lincoln que cualquier otra acto del gobierno inglés. Este acto espontáneo, comprendido por todos, ha iluminado con una luz generosa la marcha confusa y fatigosa de los negocios. He ahí de qué manera la existencia de una familia real dulcifica los hechos de la política, introduciendo en ella la gracia y el encanto cuando se presente la ocasión. Ciertamente, hay episodios en la vida política, pero son de los que hablan al corazón de los hombres y ocupan sus pensamientos.

En resumen: la monarquía es una forma de gobierno que concentra la atención pública sobre una persona cuya acción nos interesan á todos, mientras que esta atención, bajo la república, se divide entre muchas personas, cuyos actos privados no son interesantes. Por lo tanto, en tanto que la raza humana tenga mucho corazón y poca razón, al monarquía será un gobierno fuerte, porque concuerda con los sentimientos difundidos por todas partes, y la república un gobierno débil, porque se dirige á la razón.

Segunda consideración.

La monarquía, en Inglaterra, añade á la potencia del gobierno la fuerza del sentimiento religioso. No es fácil dar la razón de esto. Todo teólogo instruido afirmaría que se debe, cuando se ha venido al mundo bajo una república, obedecer á esta república, al modo como el individuo que ha nacido bajo una monarquía debe obediencia al monarca.

Pero no es esa precisamente la opinión del pueblo inglés, que, tomando á la letra el juramento de fidelidad, cree de su deber obedecer á la reina, y no se imagina sino de un modo imperfecto que esté obligado á obedecer á las leyes si no hubiese monarquía. En otro tiempo, cuando nuestra Constitución era aún incompleta, esta manera de atribuir á un solo poder el derecho sagrado de ser obedecido, no dejaba de tener sus efectos perniciosos. Todos los poderes estaban en lucha, pero los prejuicios populares sólo concedían á la monarquía los medios de aumentar á su gusto, sin que se permitiese á los demás poderes crecer por encima de ella. El partido de los *cavalleros*, todo él, tenía como máxima que se debía obedecer al rey, á pesar de todo; le otorgaban una obediencia pasiva y no se creían obligados á obedecer á ninguna otra autoridad. El rey, para ellos, era el *ungido del Señor* y ningún otro poder tenía un carácter sagrado. El Parlamento, las leyes, la prensa, no eran más que instituciones humanas, mientras que la monarquía era una institución divina; de este modo, concediendo atribuciones exagerada á uno de los poderes establecidos, se dificultaba el progreso del conjunto.

Después de la revolución, ese prejuicio funesto no tardó en aminorarse. El cambio de dinastía le dió un golpe decisivo. Si alguno, en efecto, tenía una especie de investidura divina, debió ser evidentemente Jacobo II; si había una obligación moral de los ingleses de obedecer á un soberano á pesar de todo, él era quien en rigor tenía el derecho á ser obedecido; si la soberanía era una especie de privilegio hereditario, era el rey, al hijo de los Stuards, á quien la corona correspondía por su nacimiento, y no al rey de la revolución, que sólo tenía la corona gracias á un voto del Parlamento.

Durante todo el reinado de Guillermo III hubo, empleando los términos vulgares, un rey hecho por los hombres y otro rey que Dios había hecho. El rey que gobernaba, en realidad, no podía contar con la fidelidad que la religión impone de un modo sagrado, aunque para el soberano de hecho había en Francia, según la teoría del derecho divino, otro rey que debía gobernar. Pero era difícil para el pueblo inglés, con su buen sentido y su espíritu positivo, conservar por largo tiempo su sentimiento de veneración por ese aventurero extranjero que vivía bajo la protección del rey de Francia, no haciendo más que cosas absurdas, y no revelando más que en lo que dejaba de hacer alguna chispa de cordura. Inmediatamente después que la reina Ana ocupó el trono, efectuóse un cambio en los espíritus; las antiguas creencias de la monarquía sagrada se fundieron en ella. Había muchas dificultades que hubieran hecho detenerse en el camino á muchos; pero el inglés marcha de corazón, y no se acobarda fácilmente.

La reina Ana tenía su hermano y su padre, ambos vivos, y que, según todas las reglas de sucesión, sus derechos eran superiores á los suyos. Pero, en general, se aceptó una manera de ser que salvaba esos obstáculos. Díjose entonces que Jacobo II, al huir, había abdicado por el hecho mismo de huir. Sin embargo, no había huido sino bajo la acción del miedo, y forzado, por tanto; y constantemente recordaba á sus súbditos el juramento de fidelidad. El pretendiente, se afirmaba, no era un hijo legítimo, aunque la legitimidad de su nacimiento resultase probada por testimonios que cualquier Tribunal de Justicia habría aceptado. Por último, el pueblo inglés, después de haberse librado de una monarquía revestida con el carácter

sagrado, hizo grandes esfuerzos para reconstruir otra análoga. Pero los sucesos tomaron otro rumbo. Se había consentido con gusto en tomar á la reina Ana para engendrar un mundo dinástico; se habían pasado en silencio los derechos de su padre y los de su hermano; pero en el momento crítico aquel, no le quedaban hijos. Había tenido trece en otros tiempos; pero les había sobrevivido, y era preciso, ó volver á los Stuardos, ó crear un nuevo rey por un acto del Parlamento.

Con arreglo á la *ley de sucesión* adoptada por los wigs, la corona pasó á los descendientes de la princesa Sofía de Hannover, hija menor de una hija de Jacobo I. Había antes que ella Jacobo II, su hijo, los descendientes de una hija de Carlos I y la hija de más edad de su propia madre. Pero los wigs prescindieron de ellos porque eran católicos, y eligieron á la princesa Sofía, que por lo menos tenía el mérito de ser protestante.

Seguramente, semejante elección era una buena política; pero no podía ser muy popular. Imposible declarar que era un deber para todo inglés obedecer á la casa de Hannover, sin admitir los principios que reconocen al pueblo el derecho de elegir sus gobernantes, y no hacen descender á la monarquía de la esfera aislada en donde recoge majestuosamente los homenajes para colocarla en el rango mismo de tantas otras instituciones que tienen sencillamente su utilidad. Si un rey no es más que un funcionario público útil que se puede cambiar y reemplazar, no exijáis que se tenga hacia él una veneración profunda. Aun durante todo el reinado de Jorge I y Jorge II, los sentimientos de fidelidad que la religión impuso se negaron á apoyar á la corona. La prerrogativa real no

tuvo partidarios; los tories, que de ordinario la sostenían, no gustaban demasiado de la persona del rey, y los wigs no se sentían inclinados, por sus ideas mismas, á amar á la monarquía. Hasta el advenimiento de Jorge III, la corona encontró sus más vigorosos adversarios entre los nobles del campo, que son, sin embargo, sus amigos naturales, y entre los representantes de los distritos rurales, donde la fidelidad monárquica tiene su predilecto asilo. Pero cuando Jorge III subió al trono, el sentimiento público revivió como en los tiempos de la reina Ana. Los ingleses consintieron en ver en la juventud del nuevo príncipe el germen de una rama sagrada, como en otro tiempo habían hecho respecto de la vejez de una mujer que era prima, en segundo grado, de su tatarabuelo.

Y he ahí dónde estamos. Preguntad á la inmensa mayoría de los súbditos ingleses cuáles son los títulos de la reina para gobernar: jamás os dirán que reina en virtud de un acto del Parlamento, dictado en el año sexto de la reina Ana, cap. VIII; os responderán que reina por la gracia de Dios, y se creen obligados, por un deber religioso, á obedecerla. Cuando su familia subió al trono era casi un crimen de traición, pretender que la transmisión hereditaria de la soberanía en una rama es inalienable, porque eso equivaldría á decir que otra familia tenía derechos superiores á los de la familia reinante; pero hoy, por un singular renacer de las cosas, su sentimiento es el apoyo más seguro y el mejor de la reina.

Sin embargo, sería un grave error creer que al advenimiento de Jorge III, el instinto de fidelidad monárquica haya tenido tanta utilidad como hoy. Lo que entonces comenzaba á dejarse sentir era el vigor de este instinto, no su influjo beneficioso. Mezclábanse

tantas y tales trabas con el bien producido por ese sentimiento nuevo, que puede preguntarse verdaderamente si en definitiva era útil ó perjudicial.

Durante la mayor parte de su existencia, Jorge III fué para la política inglesa una especie de oráculo sagrado. Todo cuanto hacía, tenía una cualidad santa que no poseían los actos de ningún otro poder: desgraciadamente resultaba que, en general, sus acciones eran malas. Sin duda, sus intenciones eran bastante buenas, y se ocupaba en los negocios de su país con tanta asiduidad como un empleado que necesitase del empleo para ganarse la vida, y tuviera, por tanto, que no distraerse en el desempeño de su tarea. Pero su espíritu era débil, su educación mediana, y además vivía en una época agitada. Así se manifestó siempre adversario de las reformas y protector de los abusos. Hizo una oposición funesta, pero potente por su carácter sagrado, á la mitad de sus ministros; y cuando la Revolución francesa suscitó el horror universal y lanzó sobre la democracia la mancha del sacrilegio, la piedad de Inglaterra concentró todas sus adhesiones alrededor del rey, agrandando así de una manera extraordinaria su autoridad.

La monarquía, hoy, extiende su sanción religiosa sobre todo el orden político; en la época de Jorge III, sólo se servía de ella para su propio uso. Ahora da un gran vigor á todo el sistema constitucional, asegurándole, por los lazos de la fe, la obediencia de masas muy numerosas; pero antes, manteniéndose apartada, absorbía para sí misma el beneficio de ese carácter sagrado, dejando al resto del cuerpo político el papel de instrumento de su voluntad.

Uno de los motivos principales que permiten á la monarquía dar una tan buena consagración al meca-

nismo gubernamental, es esta particularidad de nuestro sistema que suele ser un mero objeto de burla para los americanos y para un gran número de utilitarios. Se ríe de este *extra*, como los yanquis dicen, de este elemento aislado en su potencia. Se cita la palabra de Napoleón, diciendo que no quería *être mis à l'engrais* cuando negaba el título de gran elector, que la constitución de Sieyes había creado para una función que, según Thiers, estaba tomada con razón de la monarquía constitucional. Pero esas objeciones son completamente erróneas. Sin duda era absurdo, de parte de Sieyes, proponer una institución nueva desprovista de todo respeto tradicional y de toda consagración religiosa, para ocupar el lugar ocupado por un rey constitucional en las naciones cuya historia es monárquica. Semejante institución, lejos de ser bastante augusta para extender alrededor suyo una especie de respeto por acción refleja, tiene un origen demasiado reciente y demasiado artificial, para que pueda llegar á ser imponente: y además, si lo absurdo de la idea pudiera aún acentuarse, sería mediante la oferta de una sinécure inútil, pero que se suponía sagrada, á Napoleón, es decir, al hombre más activo de Francia, al hombre que teniendo en el más alto grado el genio de los negocios, pero en manera alguna el carácter sagrado, parecía hecho exclusivamente para la acción.

El error de Sieyes, después de todo, no sirve más que para poner más en claro la excelencia de la monarquía real. Si un monarca puede hacer la felicidad de un pueblo, lo mejor que puede hacerse es colocarle fuera del alcance de todo ataque. Es preciso admitir como un axioma, que no puede hacer el mal y no rebajarle en las proporciones mezquinas de la realidad. Su puesto debe ser elevado y solitario. Como la

monarquía inglesa no tiene más que funciones latentes, cumple esta condición. Parece mandar, pero jamás parece luchar. Ordinariamente esta, como oculta tras el velo del misterio, á veces atrae las miradas como un gran espectáculo, pero jamás se mezcla en los conflictos. La nación se divide en partidos, la corona permanece extraña á todos. Su aislamiento aparente de los negocios la pone á cubierto de las hostilidades y de las profanaciones, la conserva un encanto misterioso, y la permite reunir á la vez el afecto de los partidos contrarios, y ser como el símbolo visible de la unidad para las gentes, cuya educación, incompleta aún, todavía no puede pasar sin símbolo.

En tercer lugar, la monarquía sirve de cabeza á la sociedad. Si no existiese, el primer ministro sería el primer personaje del país. El y su mujer serían los que tendrían que recibir los embajadores, y á veces á los príncipes extranjeros, ofrecer las más grandes fiestas al país, dar el ejemplo de la vida lujosa, representar á Inglaterra ante el extranjero, y al gobierno de Inglaterra á los ojos de los ingleses.

Es fácil imaginar un mundo donde en cambio no tendría malas consecuencias. En un país donde el pueblo no tenga en el afán de las pompas exteriores, ni el gusto del aparato teatral, y mire, por tanto, al fondo de las cosas, eso sería una bagatela. Que lord y lady Derby sean los encargados de recibir á los embajadores extranjeros, ó bien que desempeñen este deber lord y lady Palmerston, poco importa en ese caso, y la superioridad de unos ó de otros en la organización de sus fiestas, cosa es que sólo interesaría á sus invitados. Una nación de filósofos austeros no se preocuparía en manera alguna con tales detalles. El nombre del director de escena no tiene valor más que